

La pandilla

Esta historia sucedió en Santiago de Compostela hace unos cuantos años. Por aquel entonces era un lugar pequeño, donde todo el mundo se conocía y donde apenas circulaban coches por las calles. Había tan pocos que hasta tenían nombre y apellido, y llamaban mucho la atención, sobre todo, la de los niños.

—Mirad, ahí va el Pato de Monchiño —les anunció Antonio al verlo subir renqueando la calle del Hórreo.

Era un Citroën negro con aspecto de pato, que se ponía en marcha dándole a una

manivela que tenía en la parte delantera. Los niños de la calle C se peleaban por hacerlo y, más de una vez, habían tenido que empujarlo para lograr que arrancara. Pero el más admirado era el haiga de don Alfonso, el padre de Alfonsito, tanto por su tamaño como por la extraña combinación de chapa color tabaco y madera. En cuanto lo aparcaba, acudían todos como moscas a contemplarlo.

—Me dijo mi padre que se lo trajeron de América —les informó Marcelino, cuyo progenitor tenía una empresa de autobuses y estaba enteradísimo de todo lo relacionado con asuntos del motor.

—¿Cómo va a ser si está la mar de por medio? ¿Iba a venir a nado? —receló Pacótico, cuya mente no podía ir más allá de los límites de Santiago.

–Lo traen en un barco –le aclaró Antonio, que, junto con Guillermo, era el más leído.

–¡Arrea! Pues sí que es grande el barco. Cuando yo sea mayor encargará uno igual, con el parachoques y la insignia de plata –comentó Pacótico.

–No son de plata, son de acero inoxidable –le corrigió Guillermo.

–Pues brillan como si lo fuera –replicó Pacótico.

Estaban tan entretenidos examinando a fondo cada una de las piezas del auto que ni sintieron llegar a los de Pitelos, sus declarados enemigos, que aprovecharon la ocasión para lanzarles una lluvia de proyectiles con sus tirachinas.

–¡Animales, vais a destrozar el haiga de don Alfonso! –les chilló uno de los gemelos Devesa corriendo calle abajo con los

demás para ponerse a cubierto detrás del carro de las gaseosas.

Si don Alfonso encontraba el más mínimo rayajo en su automóvil, sin duda les cortaría los cataplines y se los daría de comida a su perro.

—¡Eh, cuidado con el coche de mi padre! —gritó Alfonsito, que en ese momento salía del portal de su casa.

Los niños buscaron desesperadamente armas con las que defenderse, pero lo único que tenían a mano eran los cascos vacíos de las gaseosas apiladas en cajas en el carro de Lucio. De buena gana se los habrían lanzado de no ser por su dueño, un buen hombre que les dejaba jugar con él y, a veces, llevaba a alguno de ellos en el pescante hasta la siguiente manzana. Así que tuvieron que conformarse con cubrirse la cabeza o echarse cuerpo a tierra bajo

las ruedas del carro y soportar los insultos con que los obsequiaban sus eternos rivales.

—¡Cobardes, gallinas! Coo, cooo cooooo.

Pacótico, que era muy sensible a este tipo de insultos, salió sulfurado de debajo de las ruedas, dispuesto a plantarles cara. Antonio solo alcanzó a ver su cara redonda y colorada antes de que cayera al suelo con un grito desgarrador.

—¡Me han matado! ¡Me han matado! ¡Me sale mucha sangre de la cabeza!

Sus amigos acudieron a socorrerlo, enarbolando pañuelos blancos en son de paz para evitar que siguieran disparando proyectiles. Pero no hizo falta, porque los de Pitelos, al oír semejantes gritos, salieron por patas temiendo que apareciera el padre de alguno de ellos y les ajustara las cuentas.

–Hay que avisar a tu madre para que te lleve al hospital –le aconsejó Antonio, impresionado por la sangre que salía del pañuelo con el que trataba de limpiar la herida de su amigo, oculta por el pelo.

–No, a mi madre no, que aún por encima me dará un coscorrón si se entera de que nos hemos pegado con los de Pitelos.

Antonio estaba seguro de ello. La mayoría de los padres de entonces reaccionaba igual. Si te veían venir en mal estado y con la ropa sucia, deducían que algo malo habrías estado haciendo y, sin darte la oportunidad de escucharte, te caía algún azote, colleja o, por lo menos, una buena regañina.

–Si le llega a dar en la sien, la palma –dictaminó Alberto, uno de los gemelos.

–Le anduvo cerca –remató el otro.

–¡Ajj, qué grima! –exclamó Alfonsito mientras se apartaba y torcía el morro con cara de asco.

—Ve a avisar a mi madre o a la tuya —le ordenó Antonio.

—Ve tú, que yo me tengo que ir a comer —se escaqueó.

Si no fuera por la urgencia de la situación, Antonio habría tenido dos palabras con él. Era un maldito egoísta y un agarrado; nunca hacía nada por los demás, ni tan siquiera les dejaba su balón de fútbol. «Es que es de cuero y se me mancha», alegaba. Tan solo les permitía tocarlo y, con mucha suerte, tenerlo unos segundos entre las manos. Los demás tenían pelotas corrientes, de goma, o incluso hechas con trapos; y estaban deseando poder jugar con un balón de verdad, como los de los futbolistas, pero no había manera de vencerlo.

En esas dilucidaciones estaban cuando oyeron la voz de la Dragona, como llamaban a la madre de Pacótico a causa de su

mal carácter y de su nariz. La tenía ancha y aplastada por la parte de arriba; en cambio, sus fosas nasales eran como dos cañones. Alfonsito les aseguraba que él había visto salir fuego por ellas.

—¡Paco, sube ahora mismo! ¿O quieres que baje yo a agarrarte de la oreja?

La cara de Pacótico perdió parte de su rojez, y la piel se le quedó a manchas rosadas y blancas. Los otros se quedaron paralizados, como si les hubiera entrado un viento helado por el cogote, pues todos la temían. Ni se atrevieron a mirar hacia la ventana porque sabían que estaba asomada.

—Venid conmigo —les suplicó el pobre Pacótico, al que no le llegaba la camisa al cuerpo del temor que sentía en ese momento.

Sus amigos comprendieron que tenían que dejar a un lado su propio miedo y estar a la altura de las circunstancias. Guillermo y Antonio se situaron uno de cada lado, ofreciéndole sus respectivos hombros para que se apoyara en ellos, como si fuera un herido de guerra, y los demás se apiñaron en torno a él para hacer de escudo y protegerlo de la ira de la Dragona: Quico, los gemelos Devesa, Pepito de las sayas (lo llamaban así porque llevaba unos enormes pantalones a media pierna que parecían faldas), Marcelino, que era el mayor, y, detrás de todos, Alfonsito, que se las daba de valiente, pero, a la hora de la verdad, se acoquinaba. Pacótico les agradeció esa muestra de amistad. Y así subieron todos por las escaleras, en comandita.





Olía a caldo gallego. Todas las casas de Santiago olían a caldo al mediodía. Incluso las calles. La Dragona ya estaba esperando a su hijo en el rellano. Tenía los brazos cruzados, las fauces abiertas en un gesto que denotaba agresividad y sus ojos soltaban chiribitas. Cuando aún faltaban unos cuantos escalones por subir, Guillermo decidió que lo mejor era explicar la situación para tratar de amansar a la fiera y evitar que le cayera un capón en la cabeza al pobre Pacótico, que bastante tenía ya con la brecha.

—Le han dado una pedrada y está sangrando a chorros por la cabeza —le anunció.

—Ya os habéis vuelto a meter en peleas, ¿no? —dijo ella sin conmoverse lo más mínimo.

Seguramente creería que era una artimaña para evitar que le sacudiera.

Tenía una mano enorme y callosa, como de hombre. Toda ella era inmensa. A su lado, el marido parecía canijo y esmirriado, lo menos le sacaba una cabeza. Por su comentario, Antonio supo que era preciso sumar a las palabras de Guillermo una acción que resultara efectista, y le mostró el pañuelo ensangrentado.

El gesto adusto de la Dragona se tornó en otro que podía ser de preocupación. Sin embargo, no dijo: «¡Ay, mi niño, ¿qué te han hecho? ¡Ven que te cure!», sino que exclamó con ese vozarrón que tenía:

–¡Me vas a matar a disgustos!

Pero, al menos, le evitaron la paliza que seguro le hubiera caído de haber subido él solo.

–¿Hay que llevarlo al hospital? –preguntaron a coro los gemelos mientras la Dragona examinaba la cabeza de su hijo.

—No os preocupéis, que de esta no se muere. Un poco de agua oxigenada, y listo. ¡Hale, todos para vuestras casas!

Y, diciendo esto, hizo entrar a Pacótico y les cerró la puerta en las narices. Los amigos se quedaron preocupados. ¿Qué suerte correría su compañero de juegos al otro lado de la pared?